

Mauricio Jalón

Reseña de "Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio; Secretos a voces; La vista desde Castle Rock" de
Alice MUNRO

Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. XXVIII, núm. 102, 2008, pp. 516-520,
Asociación Española de Neuropsiquiatría
España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019651036>

REVISTA
de la Asociación Española de Neuropsiquiatría

*Revista de la Asociación Española de
Neuropsiquiatría,*

ISSN (Versión impresa): 0211-5735

aen@aen.es

Asociación Española de Neuropsiquiatría
España

¿Cómo citar?

| Fascículo completo

| Más información del artículo

| Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

pecto a los demás no podría ser mayor. Anoto esta impresión porque, de aquí a unos años, tal vez vuelva a tildarme de imbécil una vez más por encontrarme aún peor, o tal vez me consuele si encuentro que he mejorado». Da igual que el resto del libro sean ensayos, relatos o apuntes autobiográficos, apólogos o descripciones de dos ciudades (la suya, Trieste, y un Londres inalcanzable), en todo el volumen hay una escritura dolorida e interrogante, cáustica consigo mismo; algo menos sólo, pero también exigente, con los otros.

Entendemos mejor que el autor de *La conciencia de Zenó* se mostrara ambivalente con Freud, a quien tradujo, ya que él había estudiado en Alemania y tuvo contacto con psicoanalistas y con psicoanalizados. Su *conciencia*, algo escindida y melancólica, aparece en casi todas sus páginas; el valor de lo cotidiano (así en su trato con su mujer) parece estar siempre relacionado con un constante adiestramiento emotivo. Su instrucción sentimental, llena de vacilaciones, dudas, ritos mínimos o sentimientos encontrados, le hacen sentirse viejo y joven a la vez, prematuramente envejecido y juvenilmente activo y curioso. Hable de un conductor, de un incendio, de unos pájaros o de la Primera Guerra Mundial todo se ve reconducido con sabiduría y sencillez al seno de una mente que se siente desamparada y que rastrea las revueltas de la vida, con sus dificultades y cavilaciones. Pues era hasta el fondo (como lo supo ver su amigo Joyce), alguien realmente complejo. El descontento es un título hermoso: el nombre y el adjetivo definen bien, en suma, las complejidades de Italo Svevo.

Paula Primero

Alice MUNRO, *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio; Secretos a voces; La vista desde Castle Rock*, Barcelona, RBA, 2007 y 2008, 366+318+298 pp.

Estos libros son tres obras capitales de Alice Munro. Publicados en los tres últimos lustros, ahora son accesibles en nuevas ediciones; y, por añadidura, el tercero, de 2006, es muy reciente. La autora canadiense es la 'nueva Chejov'; según ha reconocido, el maestro ruso «was terribly important to me», además de ser sin duda un gran modelo para todos los narradores. Pues quizá lo mejor de Munro es que, estando en la mejor tradición novelística –pero no siendo imitativamente chejoviana o del tipo que fuese–, nos *hiere* una y otra vez al presentarnos una cadena cada vez mejor eslabonada de disarmonías personales y de aparentes dislates, de esos desamparos e indigencias contemporáneos que han cambiado nuestro modo de sentirnos vivos. Desde la perspectiva literaria, es hoy Munro una *psicóloga* mayor del presente, que es un mundo cada vez más desencajado y disperso.

Ella ha recordado que, hasta su generación, no hubo muchos cambios en familias americanas como la suya: las mujeres insertas en el mundo agrícola tenían las mismas vidas en 1900 que en 1800, allí o en el viejo continente. Y es necesario recordarlo porque la experiencia vital de la escritora se transparenta en sus elecciones literarias: sus cuentos son en verdad lacerantes por su visión del tiempo actual, un tiempo concretísimo que atraviesa cada relato como un remolino y que va, como el suyo, desde 1950 hasta hoy. Alice Laidlaw –que es su nombre de soltera– nació en Wingham, Ontario, en julio de 1931; vivió sus primeros años en una granja al oeste de

esa zona canadiense de depresión económica y guerra: siempre caridad o de caridad. Conoció a su marido, Michael Ondaatje, en 1960, al ingresar a la Western Ontario University como escritora mientras él trabajaba allí para mantener a su familia. Después fueron a Vancouver y luego a Toronto (en sus libros). Murió en 1992, a los treinta y tres años, en 1992, en 1992, allí –al lado de su marido– en Munro's Books.

no parece de buena memoria. Ese matrimonio duró hasta 1972 (en su obra *The Englishman's Boy*), una fractura, de todas las que ha vivido varias trayectorias en su territorio ontario. Después de un tiempo como escritora en la York University, se casó con un hombre pero mantendrá su nombre de escritora bien vivo. Los dos viven ambos en Toronto, cerca de su casa en Columbia Británica y nietos. De 1992, Ontario la «bella» Munro ha viajado al mundo, y ello le ha permitido caer directamente a su tierra.

Empezó sus estudios con *Dance of the Shards* a los 37 años, un libro de sensibilidad. Pero antes –desde 1950– de las dicciones; de hecho, el primero en revisitar los años, concluye que va formando

lo demás, también está concebida por Munro uniendo retazos de vidas que se ven atraídas todas ellas hacia un núcleo irradiador que da cuerpo al libro. En fin, este número nada elevado de escritos es indicio ya de la decantación suprema de su obra: Munro no se ha prodigado en exceso, y sus relatos siempre ofrecen, pese a su frescura y aparente naturalidad, muchas capas de experiencia. Entre éstas, hay un profundo estrato formativo: ella es una gran lectora (varias bibliotecarias se cuentan entre sus personajes), y se nota clara pero silenciosamente en los vericuetos de sus páginas. En efecto, Munro ha hablado de muchos contemporáneos y ha reconocido el influjo temprano de las mejores escritoras –Katherine Anne Porter, Flannery O'Connor, Carson McCullers y Eudora Welty–, así como de otros dos americanos como James Agee y especialmente William Maxwell, al que sólo empieza a publicarse hoy en España (en ambos, la presencia de su propia vida en la expresión literaria es abrumadora). Fiel al ejemplo de semejantes maestros –y con su genio, tan evidente–, Munro es capaz de construir relatos que violentan conscientemente la disciplina formal de un cuento si bien tampoco obedecen a las reglas características de una secuencia novelística.

Pues bien, *La vista desde Castle Rock* se sitúa entre lo doméstico y lo imaginativo, y muestra cómo hoy Munro, a los setenta y cinco años, sigue explorando en las letras como uno de los más grandes escritores vivos. De naturaleza sorprendente, es un libro autobiográfico y familiar, histórico de largo alcance e íntimo en grado sumo, sorprendente en su vértigo memorialista. Esta última entrega suya, muy bien traducida, es una suma de relatos (algunos de épocas anteriores y recuperados ahora) mucho más

ajustadamente autobiográficos que los publicados antes por ella, aunque también posea elementos de ficción que permiten que psicológicamente sean más verídicos (la 'realidad' en bruto carece a menudo de verosimilitud). Aquí, esos episodios familiares han encontrado su acomodo en un libro muy alargado temporalmente, aunque armónicamente pleno. Pero eso no quiere decir, como se ha insinuado, que sea una verdadera novedad en Munro: «Estación del vía crucis» (de *Secretos a voces*) copia frases de un ancestro, Robert Laidlaw (1907), a quien además retomará en *La vista desde Castle Rock*; «El sueño de mi madre» (*El amor de una mujer generosa*) es poco concebible sin sus propios recuerdos; o es muy evidente la presencia de su padre en «Ortigas» (*Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio*). Más aún, en uno de sus escritos iniciales, «Walker Brothers Cowboy» –el que encabeza *Dance of the Happy Shades*, su primer libro–, relataba Munro un día que pasó con su padre, unas horas lentas e iluminadoras en que le observó hablar y pasear, con sus ojos infantiles.

De todos modos hay que tener en cuenta, como ella repite, que muchos de sus relatos son autobiográficos en la forma, pero no estrictamente en los hechos narrados. Para calibrarlos mejor sería de interés –tras reimprimir lo agotado y traducir el resto de su obra– verter al castellano *Lives of Mothers and Daughters: Growing up with Alice Munro*, tomo de memorias de su hija Sheila Munro, que describe sus ambivalencias; y la curiosa biografía de Robert Thacker, *Alice Munro: Writing Her Lives*, de 2005. En todo caso, la figura de su padre es decisiva en *La vista desde Castle Rock* y parece determinante para la parte aventurera de su mirada. Nacido en 1901, fue un granjero 'distinto'; primero, porque criaba

animales para luego vigilante en 1947, al fracasar la guerra; segundo, buen lector y cónyuge de las hermanas de Munro hasta un –humorista– Laidlaw de 16 años, morir un detalle de los canadienses: *La*

«¿Qué es la vida de la madre?», es la historia de ella y sus compañeros de viaje y sus progenitoras. Ella ya una premonición de las mujeres jóvenes cansado y repetitivo. En el último libro, «El amor de la madre» –que fue el primer libro– más pobre que los campesinos escoceses. Por los Laidlaw y su propia vergüenza materna de actuar insistente de supervivencia y actitud filial, la biografía le parece de vergüenza ha trazado

Todo en ella. El propio hace sobre la vida; recorre su infancia en el seno de una familia de una localidad campestre de Huron, Ontario, Canadá, local, y a menudo. Pero al leerla nace en Canadá, Estados Unidos septentrional de Norteamérica, y es el presente actual, dada. Más aún ocurre

lo demás, también está concebida por Munro uniendo retazos de vidas que se ven atraídas todas ellas hacia un núcleo irradiador que da cuerpo al libro. En fin, este número nada elevado de escritos es indicio ya de la decantación suprema de su obra: Munro no se ha prodigado en exceso, y sus relatos siempre ofrecen, pese a su frescura y aparente naturalidad, muchas capas de experiencia. Entre éstas, hay un profundo estrato formativo: ella es una gran lectora (varias bibliotecarias se cuentan entre sus personajes), y se nota clara pero silenciosamente en los vericuetos de sus páginas. En efecto, Munro ha hablado de muchos contemporáneos y ha reconocido el influjo temprano de las mejores escritoras –Katherine Anne Porter, Flannery O'Connor, Carson McCullers y Eudora Welty–, así como de otros dos americanos como James Agee y especialmente William Maxwell, al que sólo empieza a publicarse hoy en España (en ambos, la presencia de su propia vida en la expresión literaria es abrumadora). Fiel al ejemplo de semejantes maestros –y con su genio, tan evidente–, Munro es capaz de construir relatos que violentan conscientemente la disciplina formal de un cuento si bien tampoco obedecen a las reglas características de una secuencia novelística.

Pues bien, *La vista desde Castle Rock* se sitúa entre lo doméstico y lo imaginativo, y muestra cómo hoy Munro, a los setenta y cinco años, sigue explorando en las letras como uno de los más grandes escritores vivos. De naturaleza sorprendente, es un libro autobiográfico y familiar, histórico de largo alcance e íntimo en grado sumo, sorprendente en su vértigo memorialista. Esta última entrega suya, muy bien traducida, es una suma de relatos (algunos de épocas anteriores y recuperados ahora) mucho más

ajustadamente autobiográficos que los publicados antes por ella, aunque también posea elementos de ficción que permiten que psicológicamente sean más verídicos (la 'realidad' en bruto carece a menudo de verosimilitud). Aquí, esos episodios familiares han encontrado su acomodo en un libro muy alargado temporalmente, aunque armónicamente pleno. Pero eso no quiere decir, como se ha insinuado, que sea una verdadera novedad en Munro: «Estación del vía crucis» (de *Secretos a voces*) copia frases de un ancestro, Robert Laidlaw (1907), a quien además retomará en *La vista desde Castle Rock*; «El sueño de mi madre» (*El amor de una mujer generosa*) es poco concebible sin sus propios recuerdos; o es muy evidente la presencia de su padre en «Ortigas» (*Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio*). Más aún, en uno de sus escritos iniciales, «Walker Brothers Cowboy» –el que encabeza *Dance of the Happy Shades*, su primer libro–, relataba Munro un día que pasó con su padre, unas horas lentas e iluminadoras en que le observó hablar y pasear, con sus ojos infantiles.

De todos modos hay que tener en cuenta, como ella repite, que muchos de sus relatos son autobiográficos en la forma, pero no estrictamente en los hechos narrados. Para calibrarlos mejor sería de interés –tras reimprimir lo agotado y traducir el resto de su obra– verter al castellano *Lives of Mothers and Daughters: Growing up with Alice Munro*, tomo de memorias de su hija Sheila Munro, que describe sus ambivalencias; y la curiosa biografía de Robert Thacker, *Alice Munro: Writing Her Lives*, de 2005. En todo caso, la figura de su padre es decisiva en *La vista desde Castle Rock* y parece determinante para la parte aventurera de su mirada. Nacido en 1901, fue un granjero 'distinto'; primero, porque criaba

animales para luego vigilante en 1947, al fracasar la guerra; segundo, buen lector y coleccionista de libros; y tercero, como hermanas de Munro, hasta un –humano– Laidlaw de 16 años, morir un detalle de los canadienses: *La*

«¿Qué es la vida de la madre?», es la historia de ella y sus compañeros de viaje y sus progenitoras. Como ya una premonición de las mujeres jóvenes cansado y repetitivo de los días y acaso cansado de los días, el último libro, *La vista desde Castle Rock*, madre –que fue una mujer gen– más pobre y más pobre que los campesinos escoceses, como los Laidlaw, su propia vergüenza materna de actuar con insistente de voluntad de supervivencia y una actitud filial, la historia de la vida le parece de la vida y la vida ha trazado

Todo en ella, como el propio hace sobre la vida; recorre su infancia en el seno de una familia en una localidad campestre de Huron, Ontario, Canadá, local, y a menudo, pero al leerla nace en el Canadá, y en los Estados Unidos septentrionales de Norteamérica, y en el mundo actual, dada la vida. Más aún ocurre

insurrección, que conduce a una situación más bien azarosa e incompleta; es como si la libertad de acción formase parte de la más íntima, imperiosa y destructora *necesidad*. Así que de pronto el relato se corta, da un giro radical, toma otra senda acaso menos viscosa al principio: pues Munro lo proyecta hacia atrás o hacia delante para situar y recubrir ese giro del presente con un pasado-futuro, o lo arroja contra otro relato distinto que se enrosca no sin aspereza sobre el primero para ofrecernos las chispas de una vida semiconsciente.

Al fondo de sus personajes está la poderosa naturaleza, descrita con aliento e inspiración; pero semejante enfoque natural es breve, es una evocación sin excesos y no remite a ningún círculo mágico. Más cercanamente, en cambio, está latiendo el *cuero*. La vía amorosa sirve a sus figuras para fugarse de la mezquindad tradicional, para desdeñar toda 'coherencia' impuesta; pero ello conduce asimismo a la autora a mostrar la sordidez o nobleza de sus deserciones, la inquietud o satisfacción ante cierto desliz, la conciencia momentánea –dolorosa o satisfecha– de cada cambio interno. Munro ve cómo se distancian de esa libidine conyugal, innombrable y olvidada lo más pronto posible. Por el contrario, hay un abandono pleno a cierta situación radicalmente nueva, aislada y sorprendente, que surge de un modo repen-

tino e irresistible, sin fisuras. Pero la escritora no relaciona la sexualidad con la violencia, aunque la primera no sea necesariamente benigna, aunque pueda ser muy amenazadora. Lo único que sucede, dice Munro, es que la sexualidad puede ser una vía en la cual la razón se quiebra, además de ser a menudo y sobre todo el único azar electivo para la mayoría: pues la atracción física más inusual puede surgir, y con frecuencia, en quienes carecen de cualquier otra posibilidad de elección.

En todo caso, sea en esta o en otras líneas similares, la autora ofrece la vida íntegra de muchos personajes semirreales –mediante elipsis rápidas, yuxtaposiciones o cambios de ángulo secos y precisos– que nos acompañarán en el tiempo, ya que nos cuestionan como sólo los grandes lo saben hacer. Eludiendo toda concesión a lo trivial, aunque partiendo de hechos o sucesos que parecen inmediatos y comunes, Munro elabora relatos con una trama entrecortada y plagada de sorpresas, dado el alcance casi vivo de los acontecimientos en los que se detiene de pronto y que luego recubre indirectamente o contrapone a otros –en el espacio y sobre todo en el transcurso de los años– hasta lograr envolvernos por haberlos antes *vendado*, si cabe decirlo así, con su ya reconocible arte verbal.

Mauricio Jalón

Estudios

1. M. GONZÁLEZ
2. A. PORTELA
3. S. MASCA
4. T. SUÁREZ
5. V. CORCÉ
6. J. ESPINOSA
7. J. L. PEDRO
8. J. A. FERRER
la Sección
9. R. INGLOT
10. C. CASTILLO
11. A. BAULE
12. R. FERNÁNDEZ
13. M. DESVI
14. A. INGAL
Psicoanálisis
15. P. SANROMÁN
malos tra
16. C. F. ROJAS
17. V. APARICIO
18. J. MAS HERNÁNDEZ
19. A. FERNÁNDEZ
rapias en
20. R. GÓMEZ
21. J. LEAL RIVERA
e instituc
22. C. POLO
23. F. SANTANA
24. F. RIVAS
25. E. GONZÁLEZ
26. F. CARLES
27. T. ANGOS
quiatria,
28. C. GISBERG
2003.
29. A. ESPINOSA
España, 2
30. M. HERNÁNDEZ
población
31. J. M. ÁLVAREZ